

apartó de mister Dombey durante toda la maniobra. Cuando, acostado el herido, dió severas órdenes de que ninguna mujer de la casa entrara en su cuarto, absolutamente ninguna, excepto la excelente ogro que gobernaba el domicilio, Carker pasó de nuevo á las habitaciones de mistress Dombey para darla cuenta de cómo estaba su marido.

Otra vez halló á Edith con Florencia y otra vez la dirigió una porción de frases de consuelo, como si Edith fuera presa de la inquietud más viva. Mostróse tan atento en la expresión de su respetuosa simpatía que al despedirse tomó la mano de Edith y la besó.

Edith no retiró la mano, no se sirvió de esta misma mano para cruzar la cara del miserable; pero se le arrebató la sangre á las mejillas, brillaron de indignación sus ojos y respiró con impulso anhelante. Más tarde, cuando se halló sola en su cuarto golpeó aquella mano contra el mármol de la chimenea, ensangrentándola del golpe y acercándola luego á la lumbre como si quisiera arrojarla el fuego para convertirla en cenizas.

Avanzaba la noche. Edith, sola en su gabinete contemplaba la llama del hogar, que á ratos alumbraba su rostro amenazante. Miraba las movientes sombras que en las paredes de la habitación se mostraban, como si en ellas hubieran tomado cuerpo inquieto sus propios pensamientos. A la manera de fantasmas danzaban en derredor suyo la ofensa y el ultraje acompañados de una multitud de presagios funestos: delante de ellos y dirigiendo sus evoluciones contra ella, Edith veía una figura odiosa y esta figura no era otra que la de su marido.

CAPÍTULO XLIII

HORAS DE LA NOCHE

Largo tiempo hacia que Florencia estaba despierta ya de sus sueños. Bien veía, entristeciéndose por ello, la separación que existía, y cada vez iba aumentando, entre Edith y su padre: de tal modo, sobre su amor y su esperanza caía como una sombra espesa reavivando su pasado dolor y haciéndolo aun más intolerable que antes.

Duro era esto — nadie mejor que Florencia lo sabía; — duro era esto de que el afecto natural, la confianza sincera, se hubiesen trocado en congoja; de que en lugar de tierna protección y de solicitud cariñosa no hubiera sino indiferencia y repulsión. Muy duro era haber acariciado sentimientos tan tiernos sin merecer la dicha de verlos alguna vez correspondidos; pero aun lo era mucho más para Florencia el tener que dudar de su padre ó de Edith y el no poder pensar en el cariño que ambos la inspiraban sin que este pensamiento se acompañara de temores, desconfianzas y sorpresas.

Así estaba Florencia: originábanse sus penas en la pureza de sus sentimientos. Veía cuán frío y cuán severo era su padre para Edith — ¡lo mismo que para ella!

Decíase, entre lágrimas, si su madre querida no habría sido víctima también de aquella sequedad y rudeza y si acaso no habría muerto de dolor por tan cruel tratamiento. Luego, cuando pensaba en Edith, tan altiva y desdeñosa con todos, sólo con ella cariñosa, se decía, igualmente con pena, si no despreciaría su padre y si á ella le era lícito querer á quien contra éste se hallaba rebelada. Reflexionaba tristemente Florencia si su padre no pensaría á solas en que su hija, sobre no haber sabido apoderarse del cariño paterno todavía llegaba en su desnaturalizada condición á querer á quien le despreciaba. Borrábase todas estas ideas al recibir una caricia de Edith. ¡Qué reproche de ingratitud para con Edith la hacía entonces su conciencia! Nadie sino Edith había reanimado su decaído corazón, nadie sino ella había reconfortado su dolorido espíritu. Por esto, al ver Florencia de qué manera se alejaban uno de otro sus dos seres queridos, aun se consideraba más desgraciada que en los tiempos pasados, allá cuando en la vieja casa solitaria guardaba piadosamente su secreto.

Por suerte suya no tenía Florencia sospechas de que precisamente uno de los motivos de alejamiento entre su padre y Edith era el cariño de ésta para ella. Si lo hubiera supuesto ¡qué dolor más intenso! ¡Qué sacrificios se hubiera impuesto en su inocencia y cómo hubiese acudido, sin tardanza, á echarse á los pies del Padre celestial, que no rechaza á sus amadas criaturas! Pero no sospechaba nada, por su suerte.

Ni una palabra concerniente á su padre cruzaba Florencia con Edith: estaba convenido entre ellas que no tratarían nunca de tan grave materia y Florencia no quebrantaba este propósito.

Tal era el estado de ánimo de Florencia por los días

en que su padre sufrió el desgraciado accidente de la caída. Adusto, retirado en su cuarto, atendíanle los criados, sin más compañía que la de Carker, quien no se separaba de él antes de media noche.

— ¡Buena compañía le hace ese hombre! — decía Susana Nipper á Florencia. — ¡Buena pieza! Si alguna vez necesitase certificación de buena conducta, no tiene que hacer más que pedírmela: no será malo el certificado que lleve...

— ¡Vamos, Susana, cállate!... — repuso Florencia procurando calmar á la joven.

— Sí, sí; es muy fácil decir eso de cállate — repuso la Nipper exasperada — pero es que, usted perdone, están pasando aquí unas cosas capaces de revolver la sangre á cualquiera. Y no se engañe usted, miss Florencia: yo no me refiero á su mamá política que aun siendo altanera me ha tratado siempre con la debida consideración. Pero si bajamos hasta mistress Pipchinses, hasta esas gentes que se plantifican de guardia á la puerta de la habitación de papá, feroces como cocodrilos (y gracias que no ponen crías) esto, esto si que es ultraje!

— Papá piensa bien de mistress Pipchin — repuso Florencia — y tiene derecho á emplear como ama de llaves á quien le parezca... ¡ea! ¡Susana, ya basta!

— No señora, no basta — replicó la Nipper. — Aunque usted me mande que me calle, mistress Pipchin será siempre lo que es; ni más ni menos.

Susana pronunciaba este discurso, irritado y lleno de faltas de puntuación, la noche en que mister Dombey acababa de ser conducido á su casa, como hemos visto; y la causa inmediata de la incomodidad de Susana no era otra sino que habiendo ido, de parte de Florencia, á preguntar cómo seguía mister Dom-

bey, mistress Pipchin había contestado de una manera impertinente. Además, desde el casamiento de mister Dombey, es decir, desde que había entrado en la casa una persona que dejaba en segundo término la autoridad de su señorita, estaba Susana Nipper como celosa de aquella preterición, á su juicio existente. Complacíala, ciertamente, que Edith fuera la compañera y protectora de la señorita Florencia; sí, todo esto la parecía bien; pero en cambio se lamentaba de que con esta intervención ella, Susana, perdía no poca de su antigua intimidad con Florencia. En tales circunstancias no faltaba, para revolucionar por completo á Susana, más que la entromisión de mistress Pipchin.

— Susana — dijo miss Florencia que estaba pensativa sentada al lado de una mesa — es ya muy tarde. Puedes retirarte porque no necesito nada: hasta mañana.

— ¡Ah, señorita! — contestó la Nipper — ¡qué lejos están aquellos buenos tiempos en que yo acompañaba á usted hasta mucho más tarde, hasta que me caía de sueño! Pero ahora, está claro, como tiene usted una mamá que viene á hacerla compañía... Por supuesto, que no me parece esto mal; nada tengo que decir contra ella.

— No me olvidaré nunca de mi antigua compañera — dijo Florencia — no me olvidaré de ti nunca, Susana.

Se levantó Florencia y dió un abrazo á su humilde amiga. Susana se emocionó sobremedida y no pudo menos de llorar.

— Ahora, mi querida miss Floy — dijo Susana — déjeme usted bajar á ver cómo sigue papá; usted está inquieta; yo misma me llegaré á la puerta...

— No — dijo Florencia — no; tú te vas á acostar. Sabremos más mañana. Esta noche me informaré yo misma. Mamá estará abajo — Florencia se puso colorada porque decía una cosa que no era cierta — quizás esté ya abajo. Vaya, Susana, buenas noches.

Susana estaba demasiado enternecida para expresar en aquellos momentos su opinión acerca de la probabilidad de que mistress Dombey estuviera en el cuarto de su marido: así, se retiró en silencio. Cuando se quedó sola Florencia se tapó la cara con las manos y rompió á llorar como en otros tiempos. Las discordias domésticas, la desesperanza de conquistar el cariño de su padre, las dudas y temores, la ternura de su inocente corazón, la pena de ver de qué manera terminaban sus sueños de ventura — todo esto se agolpaba tumultuosamente en su imaginación haciéndola derramar amargas lágrimas. Su madre y su hermano habían muerto; su padre inmovible para con ella; Edith opuesta á su padre, contraria á él pero queriéndola á ella... Parecía como si su cariño jamás pudiera prosperar, como si debiera permanecer siempre aislado en el mundo. Pronto quedaba desvanecida está última idea, pero no las otras de que se originaba; por esto pasó Florencia una noche muy triste.

En medio de todas estas reflexiones, veía levantarse la imagen de su padre, herido y afligido, solo en su habitación, abandonado de quienes debían encontrarse á su lado y pasando inacabables horas en sufrimiento desamparado. Un pensamiento repentino hizo estremecer á Florencia; un pensamiento que ya la había aterrorizado en el día, pero que ahora se la representaba con violencia — el de que podía morir su padre, morir sin que ella le hubiera visto,

sin que él hubiera pronunciado el nombre de su hija. Temblando, pensó si no haría bien en bajar al cuarto de su padre y acercarse á la puerta.

Escuchó con cuidado. La casa estaba silenciosa; no se veía luz ninguna. ¡Cuánto tiempo hacía que no había vuelto en peregrinación misteriosa hasta la puerta de aquel cuarto! ¡Cuánto, cuánto tiempo hacía que había entrado á media noche en aquel cuarto y había salido conducida por su padre hasta la escalera!

Con el mismo corazón infantil, con la misma tímida mirada, bajó Florencia poco á poco, sintiéndose tan extraña para su padre como lo había sido en su infancia. Así llegó á la puerta del cuarto. No se sentía el menor ruido. Estaba entornada la puerta, para que entrara el aire: tan grande era el recogimiento que se oía el chisporroteo de la lumbre en el hogar y el tictac del reloj sobre la chimenea.

Miró Florencia por el hueco que dejaba la puerta. El ama de llaves estaba sentada en un sillón junto á la lumbre, envuelta en una manta y durmiendo. Detrás de una mampara, á medio desplegar, se veía otra puerta y en la habitación á que ésta daba paso había luz; allí estaba la cama de su padre. Tan profundo era aquel silencio que Florencia no tuvo duda de que también dormía el enfermo. Entonces entró resueltamente, aunque sin hacer el menor ruido, pasó por detrás de la mampara y se encontró ante el lecho de su padre.

Allí estaba, dormido. Y si se hubiera despertado Florencia no habría podido moverse de su sitio: tan sobrecogida se quedó y tan inmóvil.

Tenia una herida en la frente. Habíanle mojado el pelo y éste formaba rizos húmedos encima de la

almohada. Un brazo que al descubierto de las sábanas se mostraba, hallábase vendado. La palidez de su rostro era grandísima. Todo esto vió Florencia: al instante, con sólo una mirada. Pero no fué esto lo que paralizó sus movimientos, lo que la dejó clavada en su sitio; no fué esto, sino otra cosa, aquélla que en la cara de su padre veía, siempre, á cualquier momento en que se atreviera á mirarle: una severidad repulsiva, una frialdad intolerable.

Y sin embargo, parecíale á Florencia que se iba disipando una nube, que la expresión del rostro de su padre iba dulcificándose: tal vez — pensó — se había dormido bendiciéndola.

¡Despierta, duro padre! ¡Despierta ahora, hombre ceñudo! El tiempo corre, acércase con paso rápido la hora: ¡Despiértate!

Florencia estaba quieta, presa de un temor respetuoso, recordando los otros rostros igualmente queridos que reposaban para siempre. También éste, ella también, desaparecerían. ¿Cuándo? No podía saberlo. Pero entonces, cuando el trance fatal llegase, lo que ella se proponía hacer no podía ser un motivo de dolor para el padre y á ella si le serviría de consuelo.

Lo que hizo fué acercarse suavemente á la cama, inclinarse, conteniendo la respiración, depositar un beso en aquella frente lastimada, reclinar su rostro al lado del rostro de su padre, pasar por bajo de la almohada su brazo, un brazo que no se atrevía á enlazar el cuello de su padre:

¡Despierta, sentenciado, mientras tu hija está cerca! El tiempo vuela, va acercándose la hora con airado paso: ya pisa tus umbrales: ¡despierta!

Con la mente pidió Florencia á Dios la bendición

para su padre : suplicó que le tornase afectuoso para ella, á ser posible, ó de otro modo que Dios la perdonase á ella misma su atrevida súplica. Después de levantar al cielo su afligida mirada, timidamente salió de aquella habitación, cruzó por la inmediata y se halló en la escalera.

Duerma, duerma ahora el desabrido padre : ya puede hacerlo sin zozobra. Ojalá que cuando la hora suene su hija se halle nuevamente á su lado.

Grande era la pesadumbre de Florencia al subir la escalera. La quietud de la casa era aún más imponente. El sueño en que había visto sumido á su padre tenía para ella la solemnidad de la vida y la muerte. El secreto con que Florencia iba subiendo aumentaba la impresión misteriosa : no; no podía Florencia llegar hasta su gabinete : quiso detenerse en la sala donde la claridad de la luna daba un ambiente hospitalario. Acercóse Florencia á los cristales del balcón y miró á la calle desierta.

El viento soplaba melancólico. Las luces temblaban en los faroles, pálidas, como yertas de frío. A lo lejos se vela en el cielo algo como una claridad que va camino del oscurecimiento ó como una penumbra que se repliega ante la luz que apunta ya en el firmamento. Entonces acordóse Florencia de aquellas otras impresiones de frío, de claridad y de penumbra que recibió en tiempo lejano al lado del lecho de otro enfermo : tanto mal le producian las impresiones ahora como entonces : aun eran más, mucho más tristes.

No podía acostarse Florencia. Su malestar era tan grande, su deseo de hablar con alguien tan intenso que rompiendo el sortilegio de aquella noche melancólica se dirigió á las habitaciones de Edith.

Florencia abrió la puerta del gabinete de Edith casi de modo involuntario, al empujar para darse cuenta de si estaba cerrada. Sorprendióse al ver que había luz; pero mayor fué su sorpresa al ver que Edith estaba sentada al lado de la chimenea en cuyo hogar sólo había cenizas. Al observar que Edith, medio vestida, tenía la mirada fija, el rostro descompuesto, agarrada con manos temblorosas á los brazos de su sillón, como si fuera á incorporarse, Florencia tuvo una sensación de miedo.

— ¡Mamá! — exclamó — ¿Qué es eso?

Edith, sobresaltada, volvió inmediatamente la vista hacia Florencia; pero aun tembló ésta más ante la expresión de aquellos ojos.

— Mamá — tornó á decir Florencia acercándose precipitadamente á Edith — querida mamá, ¿qué pasa? ¿Qué la ocurre?

— No estoy bien — contestó Edith temblorosa y mirando siempre con extraña expresión. He tenido un pesadilla, hija mía.

— ¿No se ha acostado usted, mamá?

— No; me había quedado adormilada nada más.

Poco á poco se suavizó la expresión de Edith. Florencia se acercó y abrazándola Edith cariñosamente la dijo :

— Pero ¿qué viene á hacer aquí mi hijita? ¿A qué viene?

— Como no la había visto á usted esta noche y como nada sabía de papá...

Florencia no supo decir más y se calló.

— ¿Es tarde? — preguntó Edith arreglando cariñosamente los rizos de la cabellera de Florencia que le caían por la cara.

— Muy tarde. Casi está amaneciendo.

— ¡Amaneciendo! — repitió Edith sorprendida.

— Mamá ¿se ha hecho usted daño en la mano?

Edith retiró la mano en seguida; por un instante volvió á mirar de modo extraño y dijo:

— No; no es nada; un golpe.

Pero en seguida, sin poderse dominar, emocionada hasta el extremo Edith se echó á llorar al mismo tiempo que exclamaba:

— Florencia ¡oh, hija mía!

— ¡Mamá, mamá! — exclamó Florencia asustada — ¿qué tiene usted, por Dios, qué la sucede, qué puedo hacer yo por usted?

— Nada — repuso Edith.

— ¿Está usted segura? ¿No podré nunca nada? Si hablo á usted de mis pensamientos ahora — dijo Florencia — á pesar de lo convenido ¿no me reñirá usted por ello?

— Es inútil — replicó Edith — es inútil. Yo te he dicho, querida, que he tenido una pesadilla. No hay nada que la pueda cambiar ni nada que pueda impedir su repetición.

— No comprendo — dijo Florencia mirando fijamente á Edith.

— He soñado — contestó ésta con apagada voz — he soñado con un orgullo, del todo ineficaz para el bien, del todo capacitado para el mal; un orgullo que fué irritado y aguijoneado durante muchos ignominiosos años y nunca se doblegó sino á sí mismo; un orgullo que abatió á quien lo poseía haciéndole comprender su humillación sin permitirle nunca rebelarse y decir « ¡no será esto! »; un orgullo que rectamente dirigido hubiera llevado á grandes fines, pero que mal encaminado, pervertido como quien lo tenía, fué

un vilipendio de sí mismo, un mero atrevimiento y perdición.

Edith no miraba ni hablaba ya á Florencia: siguió diciendo, como si se encontrara sola:

— He soñado con tal indiferencia y tal dureza de corazón, con un orgullo tan inútil y miserable que ha hecho ir hasta el altar, obedeciendo á un dedo, al mandato de un dedo — ¡oh, madre, oh, madre! — orgullo impío que prefería aborrecerse á sí mismo, de una vez para todas, á continuar sufriendo diariamente, en otras nuevas formas. ¡Pobre, desgraciada criatura!

Su emoción aumentaba y volvió á mirar á Florencia lo mismo que cuando había entrado.

— He soñado — prosiguió Edith — que este orgullo hacía un esfuerzo, el primero y el último, para dominarse, pero que le persiguen, le hieren, le cazan con trailla de perros y él, entonces, se yergue nuevamente y se ríe de quien se creía vencedor. Podría ceder, pero no quiere; aborrece á quien le persigue y en vez de sometersele le reta.

Sus manos oprimieron convulsivamente los temblorosos brazos de Florencia; pero su mirada se suavizó cuando fué á posarse en el asustado rostro de Florencia.

— ¡Oh, Florencia! ¡He creído que me volvía loca esta noche!

Y diciendo esto apoyó Edith la cabeza en el pecho de Florencia y lloró de nuevo.

— ¡No me abandones, no te separes de mi lado! Mi única esperanza eres tú...

Repitió Edith estas palabras varias veces. Luego, algo más tranquila, se enterneció al ver las lágrimas de Florencia y al considerar que ésta se hallaba le-

vantada á tales horas. Amanecía. Edith tomó á Florencia en brazos y la acostó en su propia cama : ella se sentó junto á la cabecera.

— Hijo mía, necesitas descanso ; estás entristecida y fatigada.

— Es verdad, mamá — contestó Florencia — pero usted también tiene fatiga y pena.

— No, hija mía : no, cuando estás tú á mi lado.

Poco á poco fué quedándose dormida Florencia. Pero mientras sus entornados ojos iban cerrándose, cercanos á la cara de Edith, su imaginación la representaba aquella otra cara que abajo había contemplado : entonces estrechaba con sus manos las de Edith como para buscar consuelo, al mismo tiempo que temerosa de agraviar con esto los sentimientos de su padre, temblaba en la caricia. Bien quería conciliar aquellos dos afectos, demostrar igual cariño para ambos, pero no era posible y aquel sentimiento de dolor formaba parte de su ensueño.

Edith, á la cabecera sentada, contemplaba los abatidos párpados, cuyas pestañas negras, humedecidas por el llanto, contrastaban con el sonrosado color del cutis delicado : compasión y ternura revelaba la mirada de Edith. Pero no vino el sueño á cerrar del todo aquellos párpados. De día claro era y aun continuaba Edith á la cabecera de la cama, apretando las manos de Florencia y diciéndola de cuando en cuando, muy cerca de aquel rostro adormecido :

— ¡No me abandones, no te separes de mi lado!
¡Mi única esperanza eres tú!

CAPÍTULO XLIV

UNA SEPARACIÓN

Con el día, aunque no tan pronto como el sol, se levantó Susana Nipper. Cansancio se veía en sus negros y penetrantes ojos, hinchados como si hubieran pasado toda la noche en llanto. Pero no por ello estaba Susana Nipper abatida; al contrario, parecía con singular animación, como si todas sus energías se pusieran en movimiento para algún hecho grande. También era de notar en Susana que estaba más compuesta, más bien vestida que de ordinario y que, además, iba y venía por la casa y movía á veces la cabeza con aires de expresiva determinación.

Efectivamente : Susana había tomado una determinación, y no como quiera sino audaz : nada menos que la de presentarse á mister Dombey y hablar con este caballero á solas. « Ya he dicho muchas veces que lo haría » exclamaba para sus adentros Susana con amenazador ademán, moviendo la cabeza « y voy á hacerlo ».

Encareciéndose á sí misma el cumplimiento de tan desesperado designio y exhortándose á ello con su viveza peculiar, pasó Susana la tarde entera, acechando la ocasión más favorable para el asalto. Pa-

saba el día sin que hubiese encontrado la oportunidad deseada; pero no se desanimó por eso; al contrario, en las dificultades halló nuevo motivo para acrecentar su valor. Por último, al anochecer observó que su enemigo jurado, mistress Pipchin, se había recogido en su cuarto, diciendo que iba á dormir un rato aprovechando el que mister Dombey se había levantado de la cama y estaba recostado en un sofá.

Entonces Susana se acercó muy apresurada, pero disimuladamente y sin ruido, á la puerta de mister Dombey y llamó con unos golpecitos.

— ¡Adelante! — dijo la voz de mister Dombey.

Exhortóse bravamente Susana y con impulso decisivo abrió la puerta y entró en la habitación, cerrando detrás de ella.

Estaba en un sofá mister Dombey al lado de la lumbre y al volver la vista, sorprendido de la visita hizo movimiento para incorporarse sobre un brazo, pero no pudo. Susana le saludó con una reverencia.

— ¿Qué quiere usted? — dijo mister Dombey.

— Con permiso de usted, señor, desearía hablarle — contestó Susana.

Mister Dombey movió los labios como si repitiera estas palabras; pero atónito ante el atrevimiento de aquella mujer fué incapaz de pronunciarlas en voz alta.

— Señor, hace que estoy á su servicio doce años — dijo Susana con su acostumbrada rapidez — como doncella de la señorita Florencia, que cuando entré en la casa puede decirse que no hablaba. Cuando vino la nodriza, mistress Richards ya era yo antigua en casa; no soy una Matusalén pero, vamos, tampoco una niña de teta.

Mister Dombey volvió á querer incorporarse mi-

rando á Susana con una cara que significaba no autorizar ni una palabra más.

— ¡Ah, señor! no he visto nunca una persona más buena que la señorita — dijo Susana — es una bendita de Dios y cuidado que yo tengo motivos para saber esto mejor que nadie, yo, que la he visto en sus momentos de penas y en sus instantes de alegría (estos no han sido muchos, por cierto). Yo la he visto siempre, cuando estaba con su hermano y cuando estaba sola, cuando no la veía nadie, nadie ¿me entiende usted? esto se lo digo yo á cualquiera.

Aquí suspendió Susana su discurso dando una patadita para demostrar su decisión al mismo tiempo que erguía la cabeza. Y en seguida añadió.

— Digo y repito que mi señorita es un ángel bendito, y lo sostengo, aunque me descuarticen ó me aspen y eso que no me ha dado Dios vocación de mártir.

Mister Dombey estaba ya más pálido que lo estuvo al caerse del caballo: no podía creer á sus ojos ni á sus oídos: aquello era una pesadilla.

— Por fuerza tiene una que ser buena y fiel para la señorita Florencia — continuó Susana — y yo no digo que tenga mérito ninguno el llevar doce años á su servicio, porque la quiero mucho, sí señor: y esto se lo digo yo á cualquiera. Pero, vamos, me parece que doce años me dan cierto derecho á hablar y por esto hablo ahora, á tuertas ó derechas.

— ¡Qué dice esta mujer! — exclamó mister Dombey mirando á Susana con ojos espantados — ¿cómo se atreve usted?

— Lo que digo, señor — replicó Susana — está dicho con respeto y sin ofensa para nadie. En cuanto á lo de atreverme yo no sé en qué consiste, pero es

la verdad que me atrevo. ¡Si conociera usted á la señorita! Porque usted no la conoce, no señor. ¡Qué la ha de conocer usted!

Furioso, mister Dombey alargó la mano para tirar del cordón de la campanilla; pero no había cordón por aquel lado de la chimenea y él no podía levantarse, ir hasta donde estaba el cordón, sin apoyarse en alguien. Susana comprendió la situación en seguida: así, como más tarde tuvo ocasión de explicar, viendo todas las ventajas de su parte, sin inmutarse prosiguió su discurso.

— Miss Florencia es la más afecta, paciente, sumisa y encantadora de las hijas. No hay caballero, no señor, aunque tuviera más dinero que todos los ricos de Inglaterra juntos, no hay caballero que no pudiera enorgullecerse de ella: que no pudiera y que no debiera. Y si ese caballero conociese el verdadero valor de la hija, poco le importaría el dinero, lo tiraría todo, si era necesario y se iría á pedir limosna, puerta por puerta, antes que lastimar el tierno corazón de mi señorita como lo he visto yo lastimado en esta casa.

— ¡Váyase usted de aquí! — gritó mister Dombey.

— Dispense usted — contestó Susana que había roto en sollozos, dominándolos sin embargo — no me iré de aquí: antes me marcharé de la casa, donde tanto he sufrido y donde tantas cosas he visto. Aunque no creo que tenga usted el valor de despedirme y separarme de miss Florencia. No me iré de aquí hasta que haya dicho todo lo que tengo que decir. No soy una viuda india, señor, no lo soy y no tengo ganas de serlo; pero si se me pusiera en la cabeza que había de abrasarme viva, me abrasaría.

Ahora lo que se me ha puesto en la cabeza es que he de hablar, y hablo.

La actitud de Susana Nipper demostraba perfectamente que no decía aquello por decir, sino para cumplirlo.

— Nadie de los que están al servicio de usted — prosiguió Susana — le ha tenido más miedo que yo. Ya se puede usted figurar cuantas veces habré pensado en hablar á usted, sin atreverme. En fin, anoche tomé esta resolución y ya está.

Mister Dombey, en el paroxismo de la ira volvió á buscar el tirador de la campanilla y no encontrándolo se tiró de los pelos.

— He visto que la señorita Florencia — prosiguió Susana — cuando era niña, estudiaba, estudiaba con una paciencia, con un agrado como ninguna otra criatura lo hubiera hecho. ¿Y cuidar á su hermano? Yo la he visto pasarse las noches ayudándole á aprender las lecciones, yo la he visto en otros momentos; yo me sé cuales. Y de este modo, sin que nadie la haya prestado apoyo, ha llegado á ser una mujer, gracias á Dios, la honra y el orgullo de cuantos la tratan. Pues bien; yo la he visto menospreciada, abandonada, sufriendo de una manera cruel, sí señor, y esto se lo digo yo á cualquiera: y la pobre no rechistaba, ¿le parece á usted bien? Pues que una deba tener respeto á los superiores no quiere decir que vaya una á ponerse de rodillas ante ellos. De manera que sigo hablando.

— Pero ¿no hay nadie en esta casa? — gritó mister Dombey. — Ni hombres, ni mujeres, ¿aquí no hay nadie?

— Pues como iba diciendo — añadió tranquilamente Susana — dejé á la señorita anoche, sin acos-

tarse. Y ya sabía yo porqué no se acostaba : porque estaba usted enfermo y como la faltaban noticias de usted, no tenía tranquilidad ni sosiego. Naturalmente, aunque me retiré á mi cuarto estuve al cuidado, por si quería alguna cosa ó me llamaba para que la hiciese compañía. Yo tengo ojos ¿sabe usted? de manera que la he visto yo, yo misma, porque me pareció que salía de su gabinete y efectivamente salió y la vi bajar por la escalera, lo mismo que si fuera á cometer un crimen, para llegar hasta esta puerta. ¿Y para qué? Pues para ver á su papá ¡vamos! ¿Y esto? — Susana fijó resueltamente la mirada en la iracunda faz del desesperado mister Dombey. — Después (siguió hablando Susana) la he visto que se metía en la sala llorando. Y no crea usted que es la primera vez que llora ¡cá! no señor : hace muchos años que llora. Le digo á usted que no conoce usted á su hija, y eso se lo digo yo á usted y á cualquiera ¡ea! esto es una mala vergüenza! ¡Hola, hola! — gritó la voz de mistress Pipchin al mismo tiempo que el negro bombasi de la generosa Mina Peruana entraba en el cuarto. — ¿Qué significa esto?

Susana favoreció á mistress Pipchin con una mirada inventada expresamente para ella desde el día en que la conoció. Pero dejó que contestara mister Dombey.

— ¡Qué significa esto! — exclamó mister Dombey casi echando espuma por la boca. ¿Pregunta usted qué significa esto? Dé manera que usted, el ama de gobierno, la encargada de poner orden en la casa, pregunta que qué es esto... ¡ A usted, señora, á usted es á quien hay que preguntar qué significa esto! ¿Quién es esta mujer? ¿La conoce usted?

— Muy poco señor — gruñó con ira mistress Pipchin. — ¿Cómo se ha atrevido usted á entrar aquí, buena pieza? Largo, largo de aquí, corriendo!

Pero la inflexible Nipper no hizo, por toda contestación, más que honrar á mistress Pipchin con otra mirada.

— ¿Y dirá usted que es dirigir la casa, señora — exclamó mister Dombey — dejar que una persona semejante se tome la libertad de hablarme, á mí, á un caballero, en su propia casa, en su propio cuarto, asaltado por las impertinencias de una criada!

Tiene usted razón — contestó mistress Pipchin brillándole con expresión de venganza el ojo gris — señor, yo lo siento muchísimo : no hay nada más irregular, no hay nada más fuera de todas las conveniencias y de toda razón; pero siento también decir á usted, señor, que esta joven se halla fuera de mi jurisdicción, porque miss Dombey la protege : así resulta que esta mujer hace lo que le da la gana. No me dirá usted que no ¿eh? — añadió mistress Pipchin moviendo la cabeza y mirando á Susana Nipper — ¡No tiene usted vergüenza, tunanta! ¡Márchese usted en seguida!

— Pues si hay á mi servicio personas que no saben guardar las conveniencias — dijo mister Dombey volviéndose hacia la chimenea, ya comprende usted, mistress Pipchin, lo que ha de hacer. Para algo está usted en mi casa. A la calle quien fuere.

— Si señor; ya sé lo que tengo que hacer — contestó mistress Pipchin. Y dirigiéndose á Susana, la dijo — queda usted despedida de esta casa : el mes á partir de hoy.

— ¿De veras? — repuso Susana altivamente.

— Si señora — dijo mistress Pipchin. — Y no se

me venga usted con risitas, ó se las tendrá usted que ver conmigo! ¡Váyase usted al instante!

— ¡Ya lo creo que me voy! Cuente usted con ello — dijo Susana. — Doce años he estado en esta casa, al servicio de mi señorita; pero no estaré ni una hora á las órdenes de una persona que lleva nombre de Pipchin... Créame usted, *místress* Pí.

— Pues así nos quedaremos libres de un espantajo — exclamó la irritada vieja. — Váyase usted en seguida si no quiere que la eche.

Mi consuelo es — dijo Susana volviendo la vista á *míster* Dombey — que he dicho hoy una serie de verdades que debí decir hace mucho tiempo y que no se han oído nunca más claras. Todas la *Pipchinses* del mundo juntas, por supuesto que no serán muchas (aquí *místress* Pipchin gritó « váyase usted, váyase usted » pero Susana no hizo caso) no son capaces de impedir que lo dicho esté dicho; no serán capaces de impedirlo aunque se pongan á despedir criados desde las diez de la mañana hasta media noche y se pasen así todos los años de su vida hasta reventar de cansancio: lo que sería de celebrar con un gran jubileo.

Dichas estas palabras *miss* Nipper salió de la habitación y subió la escalera dándose gran aire de importancia — lo que acabó de exasperar á *místress* Pipchin — y encerrándose luego en su cuarto. Cuando se vió Susana sola, se sentó en su baúl y rompió á llorar amargamente.

Pronto sonó la voz de *místress* Pipchin, á la puerta, causando el saludable efecto de que Susana dominase inmediatamente su emoción.

— ¿Acepta la desvergonzada su despedida para en el acto; sí ó no? — gritaba *místress* Pipchin.

Miss Nipper contestó que la persona así aludida no

habitaba en aquella parte de la casa, sino en el cuarto del ama de llaves y que su nombre era Pipchin.

— ¡Saque usted su baúl! — exclamó *místress* Pipchin haciendo por abrir la puerta — ¡Márchese usted al instante! ¿Qué manera es esa de hablar á una señora que ha tenido una elevada posición?

Susana, encastillada en su cuarto contestó que sentía mucho eso de que *místress* Pipchin hubiera ocupado alguna vez una posición elevada y que, por muy venida á menos que estuviera siempre estaría más elevada de lo que merecía. Y añadió:

— No hay necesidad de meter tanto ruido en la puerta ni de inficionar la cerradura arrimando el ojo extraviado: estoy cerrando la maleta y me marchó, de fijo.

La noble señora manifestó su viva satisfacción por la noticia y después de emitir su parecer acerca de las jóvenes descaradas en general y de las protegidas por *miss* Dombey en particular, se fué á preparar la cuenta de Susana.

Bien quería marcharse Susana dando un ejemplo de entereza, esto es sin manifestarse enternecida: pero no podía menos de llorar al pensar en Florencia.

No tardó Florencia en presentarse ante Susana, pues llegó á ella el rumor que ya corría por toda la casa: la noticia de que Susana había tenido una disputa con *místress* Pipchin, que ambas habían comparecido ante *míster* Dombey y que después de una escena, nunca vista, en el cuarto del amo, Susana se iba de la casa. Esto último lo comprendió Florencia tan pronto como entró en la habitación de su doncella, pues la encontró vestida para irse, con el sombrero puesto, su maleta cerrada y todo su equipaje dispuesto.

— ¡Susana! — exclamó miss Florencia — ¿es verdad que te vas... me dejas?

— ¡Por Dios, señorita! — repuso Susana sollozando — por Dios, no me diga usted una palabra ó sucumbiré ante las Pipchin de esta casa : no quiero que me vean llorar, por nada del mundo.

— Susana, amiga mía, mi buena amiga — volvió á exclamar Susana — ¿qué va á ser de mí si te vas? ¿Cómo tienes valor para abandonarme?

— No... no... o... queridísima señorita — gimió Susana — no tengo valor, pero ¿qué quiere usted que haga, si me echan? No es culpa mía : he cumplido con mi deber. Me resigno. Podía continuar por el mes de plazo para la despedida del servicio, pero he renunciado á este derecho porque de no irme en el acto nunca más hubiera tenido fuerzas para marcharme. No me diga usted ni una palabra, señorita : tengo ánimo, pero no soy de mármol, querida señorita, no soy de mármol...

— Pero ¿qué ha sido esto, qué ha ocurrido? — preguntó Florencia. — ¿No quieres explicármelo?

Susana movía negativamente la cabeza.

— No, no... o... señorita, no me lo pregunte, no me diga más, no puedo. Sobre todo no me diga usted que me quede, porque no es posible, porque si me quedara sería perjudicial para usted... No, señorita, no : perdóneme usted si he obrado mal, por Dios, perdóneme todo cuanto haya podido incomodarla en tantos años...

Y con esta súplica, muy de corazón hecha, Susana se abrazó estrechamente á Florencia.

— Señorita — la dijo — muchas podrán servir á usted y tener gran placer en servirla, sí, no hay duda de esto : serán fieles, serán afectas. Pero quererla á

usted como yo ¡qué digo como yo! la mitad delo que yo la quiero, no, eso no ¡Adiós, adiós, señorita Florencia!

— Pero ¿á dónde vas á ir, Susana? — preguntó Florencia muy inquieta.

— A casa de mi hermano, al pueblo, en Essex — contestó Susana — Tiene labranza, vacas, cerdos... No se inquiete nada por mí : con las economías que he ido depositando en la Caja de Ahorros tengo de sobra para vivir hasta que halle otra colocación, más tarde, porque ahora no, no podría servir á nadie, no, no, á nadie, mi querida señorita!

Susana terminó la frase con un sollozo, ahogado repentinamente al oír la voz de mistress Pipchin que hablaba al pie de la escalera. Secó sus lágrimas Susana y dominando su pena con apariencia indiferente dió al criado Towlinson el encargo de que llamara un coche para ella y sus maletas.

Florencia, pálida, contristada, afligida, comprendía bien que era inútil intervenir en este caso : temía ser causa de nueva altercación entre su padre y Edith (cuyo severo rostro, que había visto hacía un momento, parecía indicarla que tuviera especial cuidado) y tenía también, aunque de manera instintiva y sin conocimiento alguno de los hechos, ser ella la causa de que su doncella hubiera sido despedida. Bajó, por consiguiente, al gabinete de Edith, donde no tardó en presentarse Susana para despedirse en cortesía.

— Ya está ahí el coche — dijo mistress Pipchin llegando á la puerta del gabinete casi al mismo tiempo que Susana. — Váyase usted.

Mistress Pipchin vió que Edith estaba en su cuarto y dirigiéndose á ella añadió :

— Dispense usted, señora; tengo órdenes terminantes.

Sin duda se imaginaba el ogro que Edith iba á tomar bajo su protección á la muchacha : pero mistress Dombey ni siquiera se dignó mirar á quien la hablaba y siguió arreglándose en su tocador para salir, pues estaba invitada á comer fuera.

— Aquí tiene usted su dinero — dijo mistress Pipchin que, fiel á su sistema de tratar mal á los criados, y á los no criados también, según podía testificar Bitherstone, no estaba dispuesta á blanduras en esta circunstancias — aquí tiene usted su dinero y cuanto más pronto se vaya usted, mejor.

Susana no tuvo ánimos para lanzar á mistress Pipchin en aquellos momentos la mirada que la correspondía, de derecho. Limitóse á hacer una reverencia á mistress Dombey (la cual contestó saludando con un movimiento de cabeza) y á dar un abrazo á Florencia, que correspondió efusivamente. La pobre Susana, con el propósito de que mistress Pipchin no sorprendiese en ella la pena que sentía y cantara victoria por ello, hizo en aquel momento decisivo un esfuerzo violento dando de este modo á su cara una rarísima expresión.

— Dispéñeme la señorita — dijo el criado Towlison que había estado hasta aquel instante ocupado en cargar las maletas — dispéñeme la señorita, pero mister Toots está en la sala y dice que tiene el honor de saludar á usted y preguntarla cómo siguen Diógenes y el señor.

Florencia, á quien se dirigían estas palabras, no contestó sino que se fué rápidamente á la sala, donde se encontraba mister Toots, suspirante y lujosamente vestido.

— ¡Oh! ¿Cómo está usted, miss Dombey? — preguntó mister Toots saludando. Pero al instante, fijándose en la expresión de Florencia añadió — ¿Qué tiene usted? ¡Dios santo!..

No era solamente la expresión del rostro de Florencia lo que asustaba á Toots, sino las lágrimas que en los ojos de la afligida joven se veían.

— Querido señor Toots — dijo Florencia — voy á pedirle, á título de buen amigo, un gran favor.

— Miss Dombey — repuso Toots — á la menor indicación de usted haré yo no un favor sino mil : es honra que apetezco y de la que desgraciadamente no disfruto á menudo.

El sentimiento y la sinceridad eran evidentes en el joven. Florencia le dijo :

— Susana es una verdadera amiga mía; mi más antigua amiga. Se marcha, de pronto, y se marcha sola; pobre amiga! Se va al campo, á un pueblecillo lejos. ¿Quiere usted hacerme el favor de acompañarla hasta dejarla en la diligencia?

— Miss Dombey — contestó mister Toots — la confianza con que usted me favorece es grande honor. Después de la manera, más que imbécil, como me conduje aquel día en Brighthon...

— No, no hablemos de eso — interrumpió Florencia — una distracción... Vengamos al asunto. ¿Quiere usted hacerme el favor de acompañar como digo á Susana? Doy á usted las gracias mil veces : me tranquiliza usted muchísimo, pues así no me parece abandonada mi pobre amiga. Quedo agradecidísima á usted, mucho, mucho; es usted un buen amigo...

Florencia, en su ardimiento, dió gracias á Toots una vez y otra : y Toots, también en su ardimiento, salió á toda prisa en busca de Susana Nipper.

Florencia no tuvo este valor : no se atrevió á salir al portal donde estaba Susana, despedida poco menos que á empellones por mistress Pipchin y acariciada por Diógenes. Saltaba el perro haciendo agasajos á la joven y asustando con estos saltos y sus gruñidos á mistress Pipchin que veía en peligro sus faldas. Y es la verdad que el perro había tomado antipatía á la vieja. Estrechó Susana la mano á todos los sirvientes que habían acudido á despedirla, volvió á saludar desde la puerta, subió al coche, mientras el perro hacía todo lo posible por entrar también en el carruaje, puesto que á su parecer había sitio : por último, cerró la portezuela Susana y el coche se marchó cesando á los pocos momentos el ruido de su rodar por el empedrado. Entonces lloró muy de veras Florencia la pérdida de su buena amiga, amiga que nadie podría reemplazar : nadie, nadie..

Mister Toots como leal cumplidor de su promesa, había salido al encuentro del coche y haciendo señas al cochero le detuvo. En un instante dió conocimiento á Susana del encargo que le había confiado miss Dombey. Entonces rompió otra vez en llanto Susana.

— ¡Por vida mía! — exclamó Toots sentándose dentro del coche al lado de la joven — comprendo el sentimiento de usted y no creo que sea mayor de lo que me imagino : no concibo nada más espantoso que el dolor de separarse de miss Dombey.

Susana se abismó todavía más en su sentimiento,

— Pienso una cosa — dijo Toots como en un instante de inspiración — Véngase usted conmigo.

— ¿Con usted, señor Toots? — exclamó Susana sorprendida.

— Sí, conmigo, á mi casa. Venga usted á comer.

Mi cocinera es una mujer respetable — una mujer buenisima, de sentimientos maternales — estoy seguro de que la acogerá á usted con encanto. Su hijo — añadió Toots como si ello constituyera una poderosa recomendación — estudió en la Escuela de Bluecoat y perdió la vida en una fábrica de pólvora.

Aceptó Susana la oferta y Toots la condujo á su casa donde la cocinera en cuestión la recibió de manera que vino á justificar la reputación de que disfrutaba. También salió á recibir á Toots el famoso Pollo y al verle acompañando á una joven dió por hecho que mister Dombey había sido plegado en dos, según su recomendado procedimiento, y que miss Dombey venía raptada. Aquel Pollo produjo en miss Nipper un grandísimo asombro. Hábiale vencido su antagonista Larkey Boy, dejándole la cara hecha una verdadera lástima, hasta el punto de no estar presentable ante gentes. El Pollo atribuía su derrota á una falta cometida por él en los cancellescos procedimientos de la lucha, y era la de haberse precipitado en un ataque de cabeza, con lo que había dado lugar á que su enemigo le recibiera con el puño, pero otras referencias acerca de la empeñada lucha decían que Larkey llevó la ventaja desde el primer momento, porque el Pollo se presentó borracho : le habían hecho beber en grande, de modo que le flaquearon las piernas y se encontró en inferioridad manifiesta.

Después de una buena comida y muchos agasajos, fué Susana á la casa de postas acompañándola mister Toots y el Pollo. No era éste muy decorativo, dados sus emplastos, pero, en fin, su compañía si era honrosa, en razón de la fama que por su heroísmo había conquistado. Además obedecía el Pollo á un plan secreto, que consistía en molestar lo más posible á

míster Toots, á fin de que éste quisiera deshacerse de él : no deseaba al Pollo otra cosa que separarse de su protector, pero no así como quiera sino mediante un indemnización consistente en darle dinero para montar un establecimiento de bebidas.

La diligencia en que tenía que viajar Susana estaba á punto de partir. Tomó asiento la joven y míster Toots se quedó junto á la portezuela sin acertar á despedirse, como si esperase algo. Al fin, cuando el mayoral subió al pescante, Toots se encaramó en el estribo y asomándose á la ventanilla, con rostro que á la luz del farolillo del interior del coche parecía sumamente alterado, dijo :

— Susana... Susana! Miss Dombey... ¿Sabe usted?

— Sí señor.

— ¿Cree usted que?... ¿Sabe usted?

— Usted perdone, señor Toots, pero no entiendo — dijo Susana.

— ¿Cree usted que pueda llegar á... ya sabe usted... no digo ahora, en seguida, pero más adelante... á ser mi novia, eso es.

— ¿Su novia? ¡Cá! No señor, Nunca. Eso se lo puedo asegurar, señor Toots. Nunca, nunca.

— Muchas gracias — contestó el pobre Toots — No tiene importancia. Buenas noches. No tiene importancia. Muchas gracias.

CAPÍTULO XLV

EL FIEL AGENTE

Edith salió sola aquella noche y volvió pronto. Acababan de dar las diez cuando dobló el coche de Edith la esquina, viviendo á pararse ante la puerta de su casa.

Con la misma expresión de indiferencia que había conservado durante la escena de la despedida de Susana, en su gabinete, con igual friedad bajó Edith del coche. Parecía como si no hubiera en el mundo nada capaz de dominar aquella altivez, aquella violencia. Iba á subir los escalones de la acera á la puerta cuando ésta se abrió para dejar paso á un caballero que salía : era míster Carker.

Carker se quitó inmediatamente el sombrero y se apresuró á ofrecer el brazo á mistress Dombey. El movimiento fué tan rápido é imprevisto que Edith hubo de tomar aquel brazo casi sin pensarlo.

— ¿Cómo va su enfermo, señor Carker? — preguntó Edith con sonrisa burlona.

— Mucho mejor, señora — contestó Carker — tanto que me he despedido de él hasta mañana.

Soltó Edith el brazo, ya en el portal y se disponía á subir la escalera despidiéndose de su acompañante